

La virtud de la fortaleza

Carlos Díaz
Editorial Trillas, México D. F., 2005,
147 pp.

El libro que forma parte de una colección de diez publicaciones –cada una de las cuales trata de una virtud en concreto– está compuesto de siete capítulos a través de los cuales el autor quiere mostrar el valor de la virtud de la fortaleza en los tiempos actuales, en los que se busca y se aprecia más lo fácil, lo que no cuesta esfuerzo, lo efímero, y frente a eso resaltar esta cualidad como una manera de formar personalidades de carácter, emprendedoras, que no se retraigan frente a las contrariedades ni a lo que se presenta difícil de conseguir.

El tema de la fortaleza es de actualidad hoy en día, porque se hace necesario educar a las nuevas generaciones en esta virtud, para que sean capaces de enfrentarse a las adversidades en todos los ámbitos de su vida, tanto en el personal como en el familiar y social, y puedan defender y luchar por ideales altos, nobles, sin quedarse solamente en lo pequeño, mediato, fácil de conseguir. La lectura de este libro es interesante tanto para los educadores como para los padres, que pueden encontrar en él una buena explicación sobre esta virtud, con un estilo sencillo, ameno, y ejemplos concretos de cómo educarla. Comienza hablando de cómo esta virtud, al igual que todas, se debe enseñar con el ejemplo, desde que

los niños son muy pequeños, ya que ellos aprenden de todo lo que ven y por eso es importante que aprecien la coherencia en las actuaciones de sus padres, maestros y adultos en general.

Se refiere también a que hay que enseñar cuál es el deber de cada uno y mostrar que hay que quererlo, aunque pueda no coincidir con el interés propio y cueste esfuerzo, y además es necesario que la persona se vaya haciendo responsable de sus propias acciones.

Define qué es una virtud según Aristóteles y establece la relación que existe entre las cuatro virtudes cardinales. Toda virtud, para serlo, tiene que estar dirigida hacia un fin bueno y describe dos defectos que se oponen a toda virtud y que son el virtuosismo o moralismo “esa pretensión de ser virtuoso por serlo y para serlo, sin más” (p. 61) y el defecto del que para ser virtuoso requiere una recompensa o un premio por su acción, o que hace o no hace algo, para que no lo castiguen o se cree virtuoso porque actúa según la ley.

Resalta también el autor la importancia que tiene el querer hacer las cosas, el querer e intentar ser mejor uno mismo y dice que “la persona entrenada en las pequeñas y medianas contrariedades logra un día superar las grandes: ellas miden la estatura moral de la persona cuyo querer es asimismo grande.” (p. 79) Más adelante, pone ejemplos concretos de cómo vivir la virtud de la fortaleza. En ellos muestra que la persona que no intenta las cosas nunca logrará nada; no importa fracasar, lo importante es haberlo intentado, aprender de los errores y volver a empezar. Entiende que la

fortaleza no consiste en no tener miedo, sino en enfrentarlo: la persona fuerte resiste lo que se le presenta como un mal y sigue en lo que tiene que estar, porque el fin que la mueve es alcanzar un bien superior. Afirma que a veces esta virtud es más necesaria para enfrentar los pequeños contratiempos que persisten en el tiempo, que para enfrentarse con algo más grande que es de corta duración: “La valentía de quien persevera hasta el final es la verdadera” (p. 98). Recalca la importancia fundamental de la virtud de la prudencia para lograr la fortaleza, y así no confundirla con la temeridad, con la actitud de buscar el peligro por el peligro, sino empeñarse en realizar el bien.

Explica la relación que hay entre la fortaleza y el espíritu de superación, cómo en la adversidad sale a relucir esta virtud y cómo no debemos temer a las grandes desgracias, sino al no ser capaz de afrontar las pequeñas dificultades. Vuelve a poner ejemplos concretos de cómo vivir esta virtud y afirma que “para ser tenaz en el esfuerzo por conseguir algo debe uno estar convencido de su valor” (p. 124).

Habla del miedo y dice que todos tenemos algún miedo y que reconocerlo y decir que tenemos miedo no es cobardía, porque “el miedo puede ser una interesante señal de aviso de que estamos donde no debemos estar, y de que tenemos que tener cuidado y rectificar” (p. 141).

Ya en las últimas páginas encontramos más ideas que pueden ayudarnos a ser fuertes. Por ejemplo, el valor de una persona no se mide por lo que digan los demás de ella,

porque no es ni mejor porque la alaben, ni peor porque la critiquen. De ahí que no se deba actuar queriendo agradar a todo el mundo. No quejarse, haciendo posible “sustituir lamentaciones por sonrisas”, o no perder el tiempo pensando en grandes oportunidades –ya que “dos o tres veces en la vida podremos demostrar que somos valientes, pero todos los días podemos demostrar que no somos cobardes”– son otras de las ideas que pueden ponerse en práctica (p. 143). Destaca asimismo la importancia de poner todo el empeño en lograr lo que se desea alcanzar y de tratar de mantener la alegría y una actitud positiva ante las dificultades.

Finalmente, se vuelve a recalcar la importancia que tiene para los niños el ejemplo de los adultos que se empeñan en vivir la virtud de la fortaleza y dice que hay que educar a los niños para que se esfuercen por dominarse, mostrándoles la razón por la que es bueno hacerlo, porque así les resultará más fácil lograrlo. Afirma además que es bueno ponerles metas donde ellos se den cuenta que es más valioso el esfuerzo y el crecimiento que éste lleva consigo, que el tener éxito inmediato.

Termina el libro proponiendo dos breves historias, cada una de las cuales deja una enseñanza. En la primera muestra que la fortaleza está también en lo pequeño, en lo débil y en la segunda que hay que evitar que las fuerzas que se ponen en conjunto se malgasten por no haber un acuerdo previo entre ambas partes.■